

CRÓNICAS
PERPLEJAS

SEMANA DEL 15 AL 21 DE OCTUBRE DE 2006

VILLA GRIMALDI, EL TERRITORIO DEL HORROR

A PURO DOLOR

Ayer, Michelle Bachelet volvió, esta vez como Presidenta. Allí, hace 31 años, estuvo prisionera junto a su madre. Era una estudiante, como la mayoría de los que pasaron por ese infierno. Los que sobrevivieron recuerdan ese terrible verano del '75.

Por Betzie Jaramillo

Sólo ruinas encontraron los ex presos cuando abrieron las puertas de Villa Grimaldi. Fueron los primeros en entrar. Durante años habían intentado ver lo que había dentro encaramándose por las altas rejas. Era una obsesión para ellos porque allí, en la calle José Arrieta 840, conocieron el infierno que marcaría sus vidas. Casi cinco mil personas pasaron por ese lugar, a 226 nunca se las volvió a ver. La mayoría tenía entre 20 y 22 años y hoy, más de 30 años después, los sobrevivientes siguen teniendo marcas en sus cuerpos, sus almas y sus mentes, de los profundos arañazos de los tormentos.

“Recorrimos el lugar rearmando nuestros recuerdos poco a poco, cada uno con su visión parcial”, cuenta Carmen Rojas, una superviviente. No era fácil, ninguno podía dibujar el mapa completo de lo que fue el Cuartel Terranova de la DINA, porque vivían con los ojos vendados. “Pero los restos de azulejos nos indicaban que allí había estado el baño, unas baldosas rotas era las señales que quedaban de un pasillo”. Y pudieron reconstruir, con trozos de memoria, lo que los militares habían intentado borrar con bulldozers. También han tenido que hacer el recuento de quiénes pasaron por la villa, porque los militares jamás han querido entregar sus archivos. “Y existen, porque todos éramos fichados en cuanto ingresábamos”.

Casi cinco mil personas pasaron por ese lugar, a 226 nunca se las volvió a ver. La mayoría tenía entre 20 y 22 años, y hoy, más de 30 años después, los sobrevivientes siguen teniendo marcas en sus cuerpos, sus almas y sus mentes, de los profundos arañazos de los tormentos.

Hoy, la primavera estalla en todos sus rincones y el gigantesco ombú es de lo poco que se conserva del pasado. En ese árbol se sentaban los prisioneros las pocas veces que los sacaban de sus jaulas, y allí podían comprobar quién seguía con vida. Unas placas de cerámica en el suelo señalan la zona de los atropellos, donde los prisioneros eran embestidos con autos, la piscina donde los ahogaban, el lugar donde los electrocutaban. Han reconstruido las “casas Corvi”, cajones de poco más de un metro cuadrado donde hacinaban a cuatro y cinco personas durante días, y lo peor de todo, “la torre”, donde en los descansos de la estrecha escalera fabricaron unas cajas en las que vivían encogidos, porque en ese espacio no era posible estar de pie. Allí estuvo encerrada Ángela Jeria, la madre de Michelle Bachelet. Casi todos los desaparecidos en Villa Grimaldi fueron vistos por última vez en esa torre maldita.

En 2003, un grupo de supervivientes se reunió allí para un reportaje. Muchos no se veían desde hacía décadas. Rosa Elvira mostraba las fotos de su hija, que de alguna manera también es una super-

viviente, ya que estaba en el vientre de su madre mientras ésta era prisionera. Otras cinco mujeres también estaban embarazadas en la época, enero de 1975, en que la Presidenta y su madre fueron llevadas a ese recinto. Y la periodista Marcia Scantlebury, la médica Marisa Matamala, Fidelia Herrera, miembro del Comité Central del Partido Socialista, Teresa Izquierdo, hermana de María, la actriz, y Mira, la madre de Max Marambio. Ellas recuerdan los llantos de una guagua de un año, que luego fue encontrada en un hogar de menores tras la desaparición de sus padres, y jamás olvidarán a esa niña de tres años, detenida junto a su madre, que reproducía los gritos y los lamentos de los torturados cuando lloraba. Marcia, mientras guiaba al juez Garzón, le contó: “Escuchábamos que al otro lado del muro había niños jugando. Era tan raro escuchar sus risas en medio de esta locura”.

CASI UN NIÑO

Oswaldo Torres estuvo detenido en la misma época que Michelle Bachelet. Hoy es concejal de Peñalolén, la comuna a la que pertenece Villa Grimaldi. Recuerda cuando llegaron al centro de torturas José Carrasco Tapia, Rodrigo del Villar, hoy presidente de la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, y supo de Gabriel Salazar, Premio Nacional de Historia, entre tantos. “Y estaban con nosotros por lo menos dos chicos que no tenían más de 16 años”. A principios del '75, ya sabían dónde estaban, a pesar de que era una cárcel clandestina. Su fama terrorífica era un secreto a voces. Monseñor Enrique Alvear se atrevió en esa época a golpear sus puertas pidiendo a gritos que soltaran a los presos. No hubo respuesta.

Uno de los muchachos que recuerda Torres en verdad tenía 17 años, Claudio Durán Pardo. Era casi un niño; de hecho, los primeros pelos de su barba le crecieron allí. “Cada minuto era el final de mi vida en Grimaldi”, escribe en su libro “Autobiografía de un ex jugador de ajedrez” (porque fabricó las figuras del juego con miga de pan mientras estuvo prisionero). Después de Grimaldi recorrió varios campos de concentración y terminó viviendo en California, donde se hizo músico. Ahora está en Chile y estrenó su obra “Arqueología de la memoria”, ayer, en el teatro de la villa, ante la Presidenta. “De este lugar recuerdo la vergüenza de la desnudez, el daño que nos hicieron.

